

TRANQUILA SOLEDAD

Hace ya varios meses que salió de las prensas capitalinas un nuevo libro de poemas del Pbro. Luis E. Henríquez. Esta vez se trata de una colección de treintiocho sonetos bajo el título de "Escala de Soledad". (1)

El P. Henríquez es ya todo un poeta consagrado, cuya personalidad literaria está al margen de posibles controversias. Se podrá estimar o no lo que vale su poesía; se podrán discutir sus temas y sus procedimientos; pero siempre tendrá que admitirse que en nuestra presente hora literaria es un valor que ha de tomarse muy en cuenta; y aun nos atrevemos a afirmar que por su profesión y por el género literario que más cultiva —la poesía lírica religiosa—, ocupa puesto de importancia casi única en todo el cuadro de las letras venezolanas.

Sentimos ahora una explicable complacencia por haber sido los primeros en proclamar sin ambigüedades, en 1942, el advenimiento de este gran poeta, cuando la publicación de su primer volumen de poemas "Cantares del Camino" (2). Sin embargo, y hablando en general, la crítica se mostró entonces más bien parca y timorata, y casi huera le negó las alabanzas que ha acostumbrado a hacer frente a la obra de escritores de muy inferior categoría a la del P. Henríquez.

Pero el tiempo hizo su obra. Y la serenidad y empeñosa diligencia con que el poeta continuaba en su delicada labor lírica, no pudo menos de triunfar a la postre, aun en un ambiente de tendencias y procedimientos poéticos casi antagónicos con los suyos.

—000—

El soneto es una de las formas métricas que más y mejores representantes ha tenido siempre en la literatura

(1) *Escala de Soledad*. Pbro. Luis E. Henríquez. Sumá, Ediciones al servicio de la cultura, N° 14, Caracas, 1945, C.A. Artes Gráficas, 59 pp.

(2) *Cantares del Camino, De la vida profunda*. Pbro. Luis E. Henríquez. Ediciones SIC, Editorial Venezuela, Caracas, 1942, 122 pp.

hispano-americana. En particular en Venezuela ha habido prestigiosos poetas que han vaciado no pocos momentos de inspiración en el riguroso y elegante molde del soneto. Baste con citar entre otros los nombres de Gutiérrez Coll, Udón Pérez, José D. Tejera, Arvelo Larriva, etc., y Pedro Rivero entre los más recientes. Pero puede asegurarse que gran parte de la principal labor sonetista de nuestro parnaso ha sido con fines descriptivos, o por lo menos en ese género intermedio de poesía épico-lírica en la que a base de alguna descripción de paisaje o de objetos, el poeta concluye con una reflexión alegre, triste o dolorosa, según los casos, pero siempre dentro del tono subjetivo.

En años recientes sí hemos tenido sonetistas que nos han brindado una profunda y depurada obra lírica; composiciones en las que sólo ha vibrado la cuerda de los sentimientos íntimos, de los ensueños de la mente y de los anhelos del corazón; brotes a un lirismo extraído casi exclusivamente de la contemplación del paisaje interior de las almas de los poetas.

A esta clase de sonetistas pertenece el P. Henríquez por la obra que ahora entretiene nuestra atención: "Escala de Soledad".

Los primeros treinta sonetos sin guardar propiamente entre sí una relación expresa, ni sucederse en forma de desarrollo organizado de sentimientos, presentan no obstante una sutil trabazón íntima por el motivo que queda enunciado en el título. El poeta busca a su Dios, quiere sentir su presencia aquí abajo en la vida de destierro que nos toca sobrellevar, y al encontrarse privado del goce que anhela siente la verdadera y única soledad digna de llamarse con tal nombre. Su inspiración íntima va recorriendo diversos motivos, que son como los peldaños de una escala de soledad, en los cuales ha ido deteniéndose su alma inquieta de ausencia de Dios.

Véase cómo se expresa en el soneto III:

"Soledad infinita del sentido
que nos encierra en cárceles de hielo,
¿quién podrá atravesar su denso velo
y escuchar de las almas el gemido?"

(p. 15)

Y al son de quejas, olvidos, arideces y tinieblas, el alma trata de ascender, de hacer brillar la única luz consoladora, y por eso prorrumpe a

menudo en exclamaciones que cual dardos encendidos van a la mitad del cielo:

“¿Por qué duermes, Señor? el alma alerta,
flecha en tensión, se rinde sin aliento;
se quiebra la esperanza en el tormento.
de no ver luz en tu pupila abierta”.

(p. 20)

A nosotros nos ocurriría, sin gran esfuerzo, cambiar el significado primero de esa escala de peldaños, por el de escala musical en la que el poeta hubiese ido combinando resonancias y aspiraciones interiores, hasta formar con todas una exquisita sinfonía. A tal sugerencia nos habría inducido el mismo poeta que quiso también titular siete de los sonetos finales de su libro con títulos musicales, que son a manera de variaciones sobre un tema.

El poeta se ha impuesto voluntariamente un motivo de inspiración, si bien rico en aspectos para su alma delicada y artista, no obstante algo estrecho para desarrollarlo en tantos sonetos. Y sin embargo, puede en general afirmarse que su musa triunfa bien y sin cansancio. Aunque necesariamente para el simple lector que nunca puede llegar a percibir todos los más íntimos pormenores en los que el poeta encierra tesoros de inspiración, es posible que algunos sonetos le suenen a frecuente repetición, bajo leves cambios de tono, de unos mismos sentimientos.

Estos sonetos no son poesía mística, según el verdadero significado de esa palabra, aun cuando alguien inadvertidamente haya afirmado lo contrario. El P. Henríquez dejó muestras de su capacidad espiritual para la verdadera poesía mística en su primer libro de poemas “Cantares del camino”; y así lo habíamos manifestado en nuestros comentarios a dicho libro (3). La poesía del presente ni siquiera es en rigor una poesía religiosa. Y entiéndase que esto no lo decimos en son de crítica o para rebajarle méritos literarios. Estos sonetos, ya lo hemos indicado an-

(3) Véase en nuestra obra *Estudios Crítico Literarios*, Biblioteca Cecilio Acosta, Impresores Unidos, Caracas, 1945, pp. 113-123.

tes, surgen al compás de un estado de ánimo ansioso de Dios; no van propiamente a expresar una idea religiosa, sino algo muy subjetivo, personal y único; de ahí el valor incuestionablemente lírico de su contenido.

Pero a cambio de estos méritos definidos y característicos de “Escala de soledad”, queremos hacer a su autor una llana indicación acerca de un posible peligro en que podría dar su obra poética, y que empieza a asomar un poquito en estos sonetos. Y es: que no se deje llevar, en forma habitual y constante, de cierto tono triste y quejumbroso, que a manera de inconsciente reclamo artístico, lejos de caracterizar en bien su poesía, la empobrecería haciéndola monótona y menos nervuda y vigorosa. O en otros términos, se convertiría en obra literaria débil y enfermiza.

En este sonetario el P. Henríquez muestra un marcado progreso en el manejo del verso y de las formas poéticas. Apenas podría señalarse alguna que otra ligera expresión menos acertada. La concepción toda de cada frase, y de cada estrofa, es de pleno y espontáneo sabor poético refinadísimo. Las figuras y metáforas se van desgranando con tan fácil artificio, que ni obligan a la reconsideración sutil de su significado ni el lector tiene más tarea que percibir su deleitoso y sobrio perfume artístico. A veces la pincelada descriptiva prepara el marco para la emoción íntima, y entonces surgen versos como los siguientes tomados al azar del primer cuarteto del soneto VII:

“Noche suave de negro terciopelo.
Con fulgor afilado de diamante
se hunde un lucero, trémulo y distante,
en la quietud extática del cielo”.

(p. 19)

Los endecasílabos fluyen correctos y sin violencia alguna; guardan una armonía y suave cadencia muy a tono con el ambiente de espiritual coloquio lamentoso.

Para nuestro gusto señalaríamos como el más perfecto de estos sonetos el número IX, que empieza con estos versos impecables:

"Te esparciste, Señor, en mis dolores
como una suave claridad de luna,
que la nostalgia de la noche bruna
hechiza de sutiles resplandores".

(p. 23)

Y que termina con estas frases, símbolo de exquisita poesía y de sencillez cautivadora:

"Siendo yo pequeñez y Tú grandeza
toda tu plenitud cupo en mi anhelo,
como cabe en la gota todo el cielo".

(id)

Esa imagen final al momento nos recordó la no menos bella expresión del

gran poeta Martínez Mutis en uno de sus magníficos poemas:

"Basta el temblor de un ritmo para salvar un mundo
y cabe en una lágrima la plenitud del cielo".

Maravilloso don el de los grandes poetas, que por caminos desconocidos van a encontrarse y confundirse en las sutiles regiones del verdadero arte!

Además del ya citado soneto, merecen también celebrarse entre los más acertados el número XXIII titulado Tarde, el XV Jagüey y el XVIII Soledad.

Cuando el lector ha recorrido una y otra vez todas las composiciones de este libro, y ha sentido penetrar en su alma afectos y sentimientos tan selectos, expresados en un lenguaje innegablemente poético, elegante sin afectación y sencillo sin vulgaridad, y se encuentra que todo ello viene sometido a la más rigurosa métrica tradicional y en una combinación tan férrea como la del soneto, no puede menos de pre-

guntarse dónde estarán las trabas de la inspiración y las violencias del lenguaje que, según los modernos libertarios del verso, sufren los poetas que se someten a los moldes clásicos y eternos. Si sometido a esa disciplina forjadora de formas perfectas, el poeta nos da una obra lozana, jugosa y llena de humanismo, es porque nació poeta de verdad. Lo cual dista mucho de la manera como algunos se constituyen en poetas, especulando con un libertinaje de formas arbitrario y primitivo. (4)

Además de esta soltura y perfección en el manejo del verso, se nota también en los sonetos del P. Henríquez una mejora y adelanto en la variedad del vocabulario poético. Ya no se da tanto aquella repetición de unos mismos elementos para las figuras de lenguaje, que se le pudo señalar en su primer libro de versos.

Ahora se ha ampliado el horizonte y con él la riqueza lingüística y de expresión.

Librito de tan elegante y humanizado contenido como "Escala de soledad" ocupa a nuestro parecer puesto de vanguardia entre la producción poética que nos legara el año 1945. Si el Premio Municipal de Poesía le fuese adjudicado, creemos sin prejuicio de ninguna clase que se habría hecho honor a la justicia y al auténtico arte literario.

Pedro P. Barnola, S. J.

(4) Queremos señalar aquí algunos descuidos de versificación en que ha incurrido el P. Henríquez, que si bien no afectan seriamente a sus sonetos, le convendrá advertirlos para la más exacta composición. En las páginas 17, 18, 24, 28, 33, 34..., en vez de los dos cuartetos de cada soneto, se han puesto dos *serventestos*, lo cual es incorrecto. En el soneto XVI los dos cuartetos riman además con rima imperfecta en ocho versos seguidos. En el XX también cuatro versos de los tercetos riman con rima imperfecta, y lo mismo ocurre en el XIV. Y el soneto VIII presenta en el primer terceto una aliteración un poco desagradable.